

Poco tiempo para finalizar el verano. Nuestros padres trataban de endulzarnos al contarnos que en pocos días más abandonaríamos nuestro pequeño y apartado mundo para disfrutar de las lindas ventajas que nos depararía la gran ciudad.

Una razón incontrastable era la causa de tal necesidad. La escuela más cercana estaba varias leguas de nuestra casa, imposible de llegar todos los días, pues distorsionaría la vida familiar, agravándose, porque además de los fríos del invierno, los calores del verano, la lluvia, el viento, se adicionaba el camino de tierra y el pasaje sobre dos cañadas, varias veces en el año inundadas .

La tristeza de la despedida de quienes allí trabajaban, la visita a la gruta que llamábamos “El Galpón de Piedra”, el treparnos a la higuera, a los naranjos a la quinta a recoger la verdura, encontrar los huevos debajo de la leña luego del cacareo de las gallinas, la carnicería con una montaña de chorizos de rueda colgados del techo alrededor de una robusta tacuara como sostén.

¿Cómo transcurriría el día sin poder acompañar a quien debía ir hasta la cañada con el barril para traer el agua que utilizábamos en la casa? Único momento en que podíamos salir a caballo al campo sin la protección paterna.

Por otro lado, la expectativa de las bondades y maravillas que nos decían encontraríamos en la nueva casa, agua en las canillas, luz en todos los ambientes durante todo el día accionada con un toque del pulsador y sin baterías, pero lo más emocionante era una Escuela muy grande con muchos niños y una señora Maestra que nos enseñaría y cuidaría de nosotros.

Primer día de clases a mitad de la mañana yo ya quería estrenar el uniforme; mi madre me apaciguaba, pero la hora del almuerzo no llegaba nunca. Al fin, después de un ligero menú, partimos al tan deseado destino. El recorrido de casa al Colegio hacía que pusiera atención a todo lo que veía durante el trayecto, pero un hecho me llamó poderosamente la atención: por primera vez visualizaba un enorme aparato rojo que corría por el medio de la calzada con algo parecido a una tacuara que llegaba a un cable a lo alto, mi padre me contó que se llamaba Tranvía y me explicó cuál era su cometido.

Llegué al colegio. Entramos y una vez que me despedí de mis padres, una señora grande me tomó de la mano y me condujo a un salón donde me acogió la maestra del Primer Año con un cariñoso beso. No recuerdo qué otra cosa hicimos hasta la hora del recreo donde salimos a un enorme patio lleno de niños que corrían, jugaban y hablaban.

Me senté en un escalón junto a un compañero que me preguntó qué merienda había llevado. Quedé sorprendido por la pregunta, INMEDIATAMENTE CORTÓ LA MITAD DE SU MERIENDA Y ME LA OFRECIÓ, tan sorprendido quedé en el

momento que junto a mi timidez no atiné a contestarle, pero volvió a insistir, acepté y se constituyó en el primer y quizá más imborrable peldaño de los tantos recuerdos que coseché a lo largo de ese tramo de la querida y respetada institución.

Ese acto de desprendimiento y solidaridad - creo que inconscientemente al principio y enraizado, más adelante - forjaron una de las condicionantes a lo largo de mi vida emocional, familiar, social y profesional, potenciado por supuesto por el aporte recibido de quienes en su época supieron regir los principios institucionales

Setenta y seis años después de aquel primer día de clases puedo decir con orgullo que todavía conservamos la relación y amistad, presencial o en espíritu con quienes nos sentamos juntos en aquel salón.